

“Ciudadanos del cielo viviendo en la tierra”, Filipenses 1:27-30.

Filipenses 1:27-30

- I. Vivan como ciudadanos del evangelio —firmes y unidos (v.27)
- II. No cedan ante la intimidación —la oposición es una señal (v.28)
- III. Reciban el sufrimiento por Cristo como don de gracia (vv.29-30)

I. Vivan como ciudadanos del evangelio —firmes y unidos bajo presión (v.27)

Pablo tenía la esperanza de visitar a los filipenses para ayudarlos en su progreso y gozo en la fe. Pero mientras tanto les dice: “solamente”; es decir, “entre tanto que llego”, “vivan dignamente, como ciudadanos del evangelio de Cristo”.

“Vivir dignamente” era un concepto cercano para los filipenses. Filipos era una colonia romana y muchos de sus habitantes poseían ciudadanía romana. Esto producía un profundo orgullo cívico: los ciudadanos romanos gozaban de derechos y privilegios que no tenían los demás.

Pero no es a eso a lo que Pablo apunta. Más bien —como traduce la Biblia Textual— se refiere a su ciudadanía espiritual: ser parte del evangelio de Cristo. Esa identidad debía ser la prioridad para los filipenses, no el lugar donde habían nacido ni su estatus honroso como ciudadanos romanos.

La palabra griega aquí es *politéuesthe* —vivan como ciudadanos. Nuestra traducción dice “compórtense”, que no está mal, pero pierde algo clave: Pablo no habla sólo de conducta, habla de identidad. Ellos son ciudadanos del reino.

Estaban llamados a una vida digna superior: vivir como quienes pertenecen al evangelio de Cristo, al reino de Dios. Esa era su verdadera identidad, y hacia esa realidad espiritual debían mirar para vivir de manera coherente con ella.

Notemos que Pablo los llama a vivir a la luz de algo que ya son. No que dicha conducta los hace ciudadanos, o los hace merecedores de esa ciudadanía. No, Pablo tiene el evangelio como fundamento, desde el primer versículo que enfatiza nuestra nueva esfera de realidad como cristianos, estamos “en Cristo”. Y es desde allí que debemos vivir nuestras vidas, recordemos que Pablo dijo que para él el vivir es Cristo.

Entonces como ciudadanos del evangelio de Cristo, vivan a la altura de aquello que Cristo ha hecho por ustedes. Ahora son ciudadanos de los cielos, vivan como es digno de tal identidad.

¿Cómo luce para la iglesia de Filipos esa clase de vida? Pablo lo menciona a continuación, ya que su deseo es ir a verlos pero si no va todavía, él quiere oír que viven de esa manera:

“Que ustedes están firmes en un mismo espíritu, luchando unánimes por la fe del evangelio”

La BTX traduce: *“firmes en un espíritu, con una misma alma”*.

La idea es la de unanimidad, la de una unidad completa y genuina. Que estaba siendo amenazada por presiones desde afuera y conflictos internos. Ante las presiones externas la iglesia de Filipos necesitaba aún más la unidad de sus miembros.

Y esa unidad no giraba en torno a preferencias personales, sino que era una unidad teológica y doctrinal. Ellos debían estar firmes en un mismo espíritu en la fe del evangelio. Si ellos eran ciudadanos del evangelio, debían ser una misma alma en el evangelio.

Una de las principales manifestaciones de que hay personas que son ciudadanos del evangelio de Cristo es que hay una unidad firme en la verdad del evangelio. Esa unidad en el evangelio se manifiesta en unidad entre los hermanos, cuando pierden de vista el evangelio entonces hay mayores tentaciones de división, de claudicar... cuando se olvida que es el evangelio lo que mantiene la unidad de la iglesia local se corren grandes riesgos.

Nosotros debemos recordar la misma verdad regularmente como iglesia local. Lo que debe gobernar nuestra vida no son nuestras propias agendas o las que el mundo quiere imponernos, sino la agenda del reino de Dios del cual somos ciudadanos. Los filipenses entendían lo que Pablo les decía, había una identidad que debía gobernar sus vidas y no era la de romanos sino la de que pertenecen al evangelio de Cristo.

Su identidad más importante era la que tenían como ciudadanos del evangelio.

Nosotros como cristianos somos llamados por Dios a vivir una vida digna de esa identidad que tenemos por medio de Cristo, como ciudadanos del evangelio. No quiere decir que deja de ser importante donde nacimos, o que idioma hablamos, sino que todo eso es secundario cuando nacemos de nuevo. Ahora en Cristo nuestra principal identidad es lo que somos en Él.

Por eso no puede existir la idea de un nacionalismo cristiano, porque estaríamos exaltando una nacionalidad terrenal antes que la ciudadanía celestial.

Y por lo tanto, esa igualdad en el evangelio nos lleva a una unidad en el evangelio. Somos una misma alma, no porque tenemos la misma personalidad o preferencia, sino porque nos une nuestra nueva identidad en Cristo, hemos nacido de nuevo a una ciudadanía celestial.

Vivir dignamente del evangelio es vivir firmes en unidad, firmes con un mismo sentir, firmes en la fe del evangelio.

Una iglesia que vive en murmuración, chisme y divisiones ha olvidado que todos han salido del mismo barro de pecado y han sido redimidos por la misma sangre y se les

ha dado la misma ciudadanía. Esa vida es incompatible con su identidad. No podemos permitir que ocurran esas cosas que atentan contra la unidad en Cristo. Cada cristiano debe ser un guardián de la unidad, un promotor de la unidad, uno que alimenta intencionalmente esa unidad.

Y si se ha de permanecer firmes en la unidad del evangelio en medio de oposición, entonces es entendible lo que Pablo les pide a los filipenses.

"Luchando unánimes por la fe del evangelio" v. 27

Unirse en la lucha. Más adelante hablará de Evodia y Síntique que están peleadas, pero dirá que ellas han *compartido mis luchas* en la causa del evangelio. Es la misma palabra. Significa *luchar con, lado a lado, no contra, sino con, unidos en la lucha por el evangelio.*

En medio de una ciudad donde había un constante culto público al emperador, los creyentes se sentirían presionados a seguir ese estilo de vida como ciudadanos romanos, pero Pablo les llama a luchar unánimes por la fe del evangelio, y apoyarse mutuamente en esa lucha.

Que triste es ver cuando los hermanos en lugar de luchar juntos por la fe del evangelio contra los que se oponen, luchan entre ellos, uno contra el otro. Una de las mejores estrategias de satanás para distraer el avance del reino de Dios es hacer que los cristianos luchen entre sí, en lugar de luchar unidos contra el enemigo.

El Salmo 133:1 dice:

*"Miren cuán bueno y cuán agradable es
Que los hermanos habiten juntos en armonía."*

Se espera que los hermanos convivan en unidad.

Jesús oró por los discípulos en la última cena:

*"»Pero no ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno. Como Tú, oh Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste."
(Juan 17:20-21, NBLA)*

No se puede luchar unánimes por la fe del evangelio cuando hay oposición si no hay unidad cuando se goza de tranquilidad.

La identidad que tenemos en Cristo como ciudadanos del reino de Dios por medio del evangelio, es lo que debe llevarnos a vivir en unidad, es el fundamento de nuestra unidad y por lo tanto, de que nos mantengamos firmes en unidad y podamos luchar en unidad para defender la fe del evangelio, primeramente defendiendo la unidad.

¿Estás viviendo de acuerdo a quien eres en Cristo, o estás dejando que otras cosas gobiernen tu relación con tus hermanos?

II. No cedan ante la intimidación —la oposición es una señal (v.28)

Cuando Pablo llegó a Filipos por primera vez en Hechos 16, ellos sufrieron el ataque de los que lucraban con la adivinación, ya que Pablo había echado fuera el espíritu de adivinación de una muchacha.

Los agarraron y los arrastraron hasta donde estaban las autoridades, los acusaron ante los magistrados diciendo: *“Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad, y proclaman costumbres que a nosotros, siendo romanos, no nos es lícito aceptar ni practicar.”* (Hechos de los Apóstoles 16:20–21, BTX IV)

Les rasgaron sus mantos y les dieron muchos azotes, luego los echaron en la cárcel.

Pablo había experimentado de primera mano lo que probablemente los filipenses seguían experimentando:

- Persecución por el evangelio
- Persecución de tipo legal, ante los magistrados
- Presión social por no seguir todas las costumbres de los romanos

Así como Pablo tuvo sus adversarios, la iglesia en Filipos también los tenía. Pablo les dice que estén unidos, que luchen unidos, pero que no estén atemorizados por sus adversarios.

¿Cómo no estar atemorizados cuando a Pablo le dieron muchos azotes y lo metieron en la cárcel junto con Silas? ¿Cómo no estarlo si ni siquiera les dieron un proceso legal justo sino que los arrastraron y golpearon?

La razón de Pablo es trascendente y poderosa.

¿Por qué no temer? ¡Porque es bueno para ustedes ser atacados! Porque es una señal de que ustedes son de Dios, es una señal de que han sido salvados, es una señal de que son ciudadanos del reino de Dios.

Y para sus adversarios es una señal de lo contrario: ellos no son de Dios, son ciudadanos de las tinieblas, es una señal de perdición para ellos.

Otra vez el evangelio es el fundamento de cómo los filipenses podían mantenerse firmes unidos luchando juntos por la fe del evangelio. ¡Porque el hecho de que tengan adversarios contra los cuales luchar era señal de una fe auténtica y genuina en el evangelio de Cristo!

Los objetos inanimados no luchan contra la corriente. Un tronco muerto es arrastrado por el agua; pero donde hay vida, se puede nadar contra la corriente. Así también los creyentes ya no son llevados por el curso de este mundo, sino que nadan contra su corriente.

Hermanos, ¿ante qué adversarios se ven tentados a temer hoy?

Pablo quería que los filipenses vieran en sus adversarios una señal que los animara a abrazar aún más una vida digna de la ciudadanía celestial. Podían esperar oposición precisamente porque pertenecían a Dios.

En última instancia, solo existen dos realidades espirituales en el mundo:

- los que son de Dios y los que no lo son,
- los que están muertos espiritualmente y los que han sido vivificados por Dios,
- los que pertenecen al reino de las tinieblas y los que pertenecen al reino de Cristo.

Esta enemistad existe desde el huerto del Edén, cuando Adán y Eva cayeron al ser tentados por la serpiente. Allí Dios declaró:

**“Y pondré enemistad
Entre tú y la mujer,
Entre tu simiente y su simiente;
Él te herirá en la cabeza,
Y tú lo herirás en el talón.”**
— *Génesis 3:15 (NBLA)*

No es de extrañar que esta enemistad haya continuado hasta nuestros días.

Pero el creyente se fortalece ante la adversidad confiando en que pertenece a Dios. Hay una cita conocida de Patricio, misionero en Irlanda, que refleja esta confianza:

“Cada día espero ser asesinado, traicionado o reducido a esclavitud si la ocasión se presenta. Pero no temo nada, por las promesas del cielo; porque me he puesto en las manos de Dios todopoderoso.”
— *Patricio, Confesiones*

Para los cristianos, enfrentar oposición y tener adversarios debe ser una señal de esperanza. No somos de este mundo, y por eso el mundo nos aborrece. Jesús mismo dijo:

**“Si el mundo los odia, sepan que me ha odiado a Mí antes que a ustedes.
Si ustedes fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no son del mundo, sino que Yo los escogí de entre el mundo, por eso el mundo los odia.”**
— *Juan 15:18–19 (NBLA)*

Por eso Pablo exhorta:

“De ninguna manera estén atemorizados por sus adversarios, lo cual es señal de perdición para ellos, pero de salvación para ustedes, y esto de Dios.”
— *Filipenses 1:28 (NBLA)*

Y el mismo Señor anima a Su iglesia:

“No temas, rebaño pequeño, porque el Padre de ustedes ha decidido darles el reino.”

— *Lucas 12:32 (NBLA)*

Recuerden que ustedes son ciudadanos de los cielos y que vivimos en terreno enemigo. La oposición que reciban por creer en Dios, por seguir a Cristo y por vivir una vida distinta a la de quienes los rodean, debe ser una confirmación para su corazón de que pertenecen a Él.

Vivimos en este mundo, pero no somos del mundo.

Pensamos distinto acerca del matrimonio, como un pacto honroso entre un hombre y una mujer —y el mundo nos llama intolerantes.

Pensamos distinto acerca del dinero, no como un fin sino como un medio de glorificar a Dios —y el mundo nos llama ingenuos.

Pensamos distinto acerca de la vida, que existimos para la gloria de Dios y no para nuestra propia gloria —y el mundo nos llama fanáticos.

¿Cómo podría sorprendernos entonces que este mundo se oponga a nosotros?

Lo preocupante sería lo contrario: que no hubiera oposición, que no tuviéramos adversarios, que nadie nos persiguiera. En ese caso, tendríamos que preguntarnos seriamente si estamos viviendo nuestra fe de manera genuina.

¿Estás dispuesto a vivir de manera distinta al mundo aunque eso te cueste algo?

Pero aún hay más. Pablo señala que esa oposición finalmente viene de parte de Dios para ellos. Veamos el siguiente punto.

III. Reciban el sufrimiento por Cristo como don de gracia (vv.29–30)

La razón por la cual los filipenses podían ver esa adversidad como algo que viene de Dios es porque debían entender la verdad que Pablo ahora presenta como fundamento.

A los filipenses Dios les había concedido algo por gracia —“les ha sido concedido”— en relación con Cristo: no solo creer en Él, sino también sufrir por Él.

“Porque a ustedes se les ha concedido por amor de Cristo, no solo creer en Él, sino también sufrir por Él.”

— *Filipenses 1:29 (NBLA)*

Dos cosas, entonces, son presentadas como un regalo de la gracia de Dios para los filipenses:

1. **Creer en Cristo** — la salvación como una obra que se inicia en Dios por gracia.

2. **Sufrir por Cristo** — el privilegio de padecer por Él, una señal de pertenencia a Cristo como ciudadanos de Su reino.

Esto cambia radicalmente la manera en que entendemos el sufrimiento como cristianos. No sufrimos porque Dios nos haya abandonado; sufrimos como parte de lo que Dios, en Su gracia, nos da para nuestro bien espiritual. Es una dádiva de Dios.

El sufrimiento por amor de Cristo afirma nuestros corazones en nuestra identidad en Él. Una de las evidencias de que verdaderamente hemos creído en Cristo es que estamos dispuestos a sufrir por causa de Él.

Los filipenses debían interpretar su sufrimiento desde una perspectiva evangélica: como una gracia de Dios para su bien espiritual y para el fortalecimiento de su fe. Por eso no debían estar atemorizados por sus adversarios.

El regalo de la salvación viene acompañado del regalo del sufrimiento por Cristo. Esto es escandalosamente contrario a los falsos evangelios que circulan en algunas iglesias. Mientras algunos enseñan que la señal de que somos de Dios es no sufrir, la Escritura afirma con claridad lo contrario: si se nos ha concedido creer, también se nos ha concedido sufrir por amor de Cristo.

Los ciudadanos del reino de Dios viven dignamente de esa identidad cuando permanecen firmes en unidad, luchando juntos por la fe del evangelio y sin temer a sus adversarios. Entienden que esa oposición es señal de salvación, porque no solo se nos ha dado creer, sino también sufrir.

Cuán necesario es recordar esto hoy, así como lo fue para los filipenses en su tiempo. Tanto ellos como nosotros vivimos como ciudadanos del cielo mientras aún estamos en la tierra. Y si sufrimos por causa del evangelio, podemos alegrarnos, porque es una señal de nuestra participación con Cristo.

Pablo añade que ellos habían visto su sufrimiento por causa de Cristo, y ahora, aunque no lo veían, seguían oyendo de él:

“Teniendo el mismo conflicto que vieron en mí, y que ahora oyen que está en mí.”

— *Filipenses 1:30 (NBLA)*

Lo que Pablo estaba viviendo no era una derrota del evangelio ni una señal de abandono por parte de Dios. Era, más bien, la confirmación de que pertenecía a Dios y de que estaba defendiendo la causa del evangelio.

Al comprender esto, los filipenses debían cobrar ánimo y encontrar motivaciones más profundas para permanecer unidos.

El apóstol Pedro lo afirma también en su carta:

“Si ustedes son insultados por el nombre de Cristo, dichosos son, pues el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre ustedes. Ciertamente, por ellos Él es blasfemado, pero por ustedes es glorificado.” (1 Pedro 4:14, NBLA)

Hermanos, los que hemos creído también hemos sufrido por causa de Cristo. Algunos han perdido relaciones, familias, amistades que no entendieron su fe. Otros perdieron trabajo o dinero por negarse a comprometer su integridad. Algunos dejaron carreras prometedoras para servir al evangelio. Y otros han recibido insultos, rechazo y ataques por el solo hecho de pertenecer a Cristo.

Pero eso no es señal de que nuestra fe sea débil o insuficiente. Es señal de que hemos creído de verdad. El mismo Dios que nos dio la gracia de creer nos dio también la gracia de sufrir por amor a Cristo. No son dos experiencias separadas —son dos caras del mismo regalo.

¿De dónde sacamos hoy lo que necesitamos para vivir en unidad, sin intimidarnos y sufriendo por amor a Cristo?

La respuesta es: de Cristo mismo.

Jesús es el ciudadano perfecto del reino de Dios. Vivió en este mundo sin ser de este mundo y fue obediente al Padre hasta las últimas consecuencias.

Al punto de que sus adversarios lo crucificaron. Parecía que había sido abandonado por Dios. Pero esa muerte no fue señal de derrota – fue la señal más grande de que era el Mesías, el Hijo de Dios cumpliendo la voluntad del Padre. Por eso, el mismo Dios lo levantó de la tumba por el poder del Espíritu.

Por lo que Cristo hizo —viviendo como Hijo obediente y muriendo como sustituto por nuestro pecado— hoy somos ciudadanos del reino.

Pero puede ser el caso de que te hayas dado cuenta de que no estás en Cristo, que quizás conocías del mensaje del evangelio pero no ha transformado tu vida. Hoy mismo eso puede cambiar por la gracia de Dios, si te arrepientes de tu pecado y confías en Cristo como tu salvador. No lo dejes para después.

Hermanos, Dios Padre nos ha dado el regalo de creer en él, pero también de sufrir hoy por Él.

Su evangelio es el suelo sobre el que vivimos, nos unimos y sufrimos. No miremos nuestra propia fuerza. Miremos a Cristo, el autor y consumidor de nuestra fe.